

hospitalaria, no ha producido sin embargo, los frutos que esperan la libertad política y la libertad civil. La civilización del nuevo mundo es retardada». (RDHYL)

Zeballos reconocía los logros de las naciones angloparlantes, pero creía que la cultura de esos países no era garantía de conservación de un fuerte consenso alrededor de las jerarquías tradicionales: «Crecen en estas nuevas sociedades el abandono ó la confusión de las ideas de dios y de moral. Se debilitan en ellas la guía y el amparo de la virtud del patriotismo y de la ley» (RDHYL). Preocupaciones que en la conflictiva argentina finisecular expresaban con vehemencia el temor al desorden. Para terminar con la radiografía de este nacionalismo liberal llamaremos la atención sobre los espacios donde convivían hombres de formación positivista con expresiones que preanunciaban la reacción anti-positivista de las primeras décadas del siglo XX. Es el caso de la revista *La Biblioteca* (1896-1898) fundada por Paul Groussac y su continuadora *El Mercurio de América* (1898-1900) donde la difusión de la obra y las posiciones del movimiento modernista se da la mano con análisis políticos y sociales cercanos al universo de ideas del positivismo. *La Biblioteca* publicó a mediados de 1898 dos discursos pronunciados en un mitin de la colectividad española, por Roque Sáenz Peña y Paul Groussac. Eran dos hombres de la primera línea del régimen conservador formados en la atmósfera en que predominaba el pensamiento positivista. Sáenz Peña condenó en nombre del derecho internacional la intervención yanqui, haciendo la salvedad de que apoyaba la independencia de las colonias españolas (LB). El discurso de Paul Groussac se inscribe en la misma línea sumando una condena a la sociedad norteamericana como el *summum* del materialismo y la deshumanización. (LB). Positivistas o modernistas, devotos del progreso o del orden, los intelectuales liberales coincidían en que la guerra de Cuba cerraba una etapa en las relaciones entre países periféricos y centrales.

España y Estados Unidos: naciones «sentimentales» vs. naciones «científico-industriales»

Existe un conjunto de lecturas sobre la guerra y sus consecuencias pensadas a partir de un esquema distinto del elegido por los cuadros intelectuales del Estado. El positivismo había pregonado que el futuro se dividía entre los países que modernizarían sus estructuras a través del desarrollo científico e industrial, y los que se estancarían en criterios que los condenaban al atraso. La primera de estas opciones traería aparejado un mejora-

miento de los sistemas políticos y un nuevo clima ético en el cual se formarían las nuevas generaciones. A fines del siglo XIX las naciones que más habían desarrollado la industria y la ciencia, eran potencias entregadas a la carrera armamentista y ejecutoras de agresiones colonialistas. Para los positivistas estos fenómenos desaparecerían en un mundo integrado por la ciencia, el comercio y las comunicaciones.

En 1895 el pedagogo positivista correntino José Alfredo Ferreira reflexionaba en las páginas de *La Escuela Positivista*, órgano de los comtianos de la provincia de Corrientes, sobre las tensiones entre Argentina y Chile y lo anacrónico de la solución militar. La política de *Pax armada* de los países europeos representaba un avance respecto a la guerra como único recurso. El desarrollo de estos países los llevaba a un estadio superior. El país que prefiguraba la etapa en que la paz regiría el mundo era Estados Unidos: «Los ejércitos permanentes están demás en un pueblo que tiene dos veces más habitantes tan activos como Francia ó Alemania: corrientes –como la de los más poderosos ríos del mundo– de capital, inmigración, educación y trabajo; sus fábricas y sentimiento nacional pueden hacer una locomotora en veinticuatro horas, como improvisar ejércitos y escuadras; sus presupuestos tienen el mal crónico del *superávit*, que no poco influye en sus cuestiones económicas». (*LEP*).

Para Ferreira, Estados Unidos había avanzado por el camino de la paz porque tenía los medios para ganar una guerra con relativa facilidad. Para muchos intelectuales influidos por estos esquemas en la guerra de 1898 se enfrentaron una nación moderna en el plano científico-industrial y en su sistema político, con una nación estructuralmente atrasada, perpetuadora de un colonialismo anacrónico. El antihispanista Agustín Álvarez encontró en la derrota española la prueba final de la decadencia de la vieja metrópoli y la condena ante el tribunal de la historia del legado cultural que había dejado a las naciones hispanoamericanas. En *Educación Moral* (1901) Álvarez describe a Cuba como un caso terminal de la herencia española (corrupción, atraso, etc.) agravado por lo más dilatado del vínculo: «Doce mil reclutas norteamericanos, que al día siguiente de desembarcar en Santiago se amotinan, concluyen asimismo con una dominación secular sustentada por 150.000 veteranos en las listas de pago, y ese milagro ocurre sólo porque la Perla de las Antillas estaba carcomida por la mentira, la rapacidad y el peculado, como la cepa de apariencias lozanas y con las raíces carcomidas por la filoxera que cualquiera puede desarraigar de un puntapié». (Álvarez, Agustín; 1917)

Un artículo del ingeniero Pedro Ezcurra publicado por la *Revista de Derecho...*, ensayaba una crónica de las acciones bélicas en el mar Caribe

entre la flota española y la norteamericana. Luego de una descripción técnica del enfrentamiento entre las dos escuadras, Ezcurra intenta analizar la mayor capacidad destructiva de la marina norteamericana con una explicación teñida de evolucionismo organicista. El esfuerzo técnico-militar de un país refleja la mayor solidez de una nación y su mayor capacidad para el trabajo que vigoriza todo el organismo de la sociedad: «... y entre las organizaciones de tierra y de mar. Esta última es la que demuestra más la energía de un pueblo, por requerir mayor riqueza pública, que es trabajo acumulado, mayor inteligencia media en el personal, que es civilización, mayor perseverancia en la organización que es energía latente. Un ejército moderno, podría tal vez hoy mismo improvisarse: una escuadra jamás. El numeroso y competente personal técnico que exige el manejo de sus mecanismos, tiene que formarse en escuelas especiales; es pues obra de tiempo y perseverancia» (RDHYL)

Estos análisis contraponen una sociedad dinámica, progresista y consolidada contra otra quietista, atrasada y poco sólida. Unos ponen el acento en el progreso material, otros encuentran el eje en el progreso moral que garantiza una sociedad pujante y madura. En una serie de notas firmadas «Un ciudadano» (Carlos N. Vergara) aparecida en *La Educación*, publicación pedagógica de inspiración positivista abierta a expresiones más eclécticas, se contraponía a la Argentina con Chile a partir de los logros desiguales de ambos países en pos de la elevación moral del gobierno y los ciudadanos. El articulista mide la competencia entre los dos países del Cono Sur usando como paralelo el enfrentamiento hispanoamericano: «La República Argentina triunfará en la paz ó en la guerra, porque reaccionará contra sus actuales extravíos y no se dejará ganar por Chile en la tarea moralizadora. Se ha podido ver al pueblo español, el más noble, el más inteligente y el más valeroso, vencido con facilidad por los Estados Unidos, porque olvidó aquél las virtudes severas que el progreso viene exigiendo cada día más a las naciones» (LE)

Otra versión de este choque de culturas se la debemos a Juan B. Terán, en un artículo publicado en *El Mercurio de América*. El futuro rector de la Universidad de Tucumán y pensador hispanista y católico, entonces un estudiante, pagó tributo al medio positivista en que se había formado. Para Terán la derrota española era un testimonio contra el nacionalismo chauvinista: «...la guerra actual es el fracaso de un pueblo que realiza idealmente el «patriotismo» y que hoy –ininteligente y supersticiosa, ha dicho Taine– es la obra acabada de celosos egoísmos que en definitiva es la fórmula exegetica del patriotismo. De 1471 a 1781 España quemó 32.000 hombres, encarceló 17.000, que murieron en sus mazmorras ó salieron de ella y con-

denó 291.000. Así se ha formado la familia humana más idéntica a sí misma, más patriótica...». (EMDA).

Terán comparte la certeza de que la civilización mundial marcha hacia la homogeneización por obra del progreso técnico e intelectual. El triunfo de Estados Unidos en la contienda con España es expresión de esta tendencia: «La uniformidad social, la homogeneidad que es la razón de la paz, según Tarde, están al comienzo y a la conclusión del peregrinaje del Progreso (...). Estados Unidos es la expresión concreta de ese destino histórico y acaba de ser su verbo fulminante y airado». (EMDA)

El esquema de la evolución de las sociedades que oponía a las naciones que encarnan el espíritu del progreso y el atraso respectivamente estaba arraigado en toda una generación de intelectuales argentinos formados en un universo de ideas predominantemente positivista. Esta antinomia podía entenderse como moralidad/corrupción, progreso/atraso, tolerancia/fanatismo, etc.; pero en todos los casos trazaba la línea divisoria entre los países portadores de la antorcha del progreso y los que habían dejado de serlo. Hasta tal punto este esquema estaba arraigado que un pensador formado en el universo de ideas positivistas pero que protagonizó una ruptura política e intelectual con esa corriente, como el líder socialista Juan B. Justo; lo reproducía en su análisis de la guerra escrito en 1912: «En la guerra de España y los Estados Unidos hemos asistido al choque de dos mundos no menos distintos. Civilización de abolengo la de España, sin haberse arraigado bastante en Cuba, ignoraba despreciativamente la de los Estados Unidos (...). Una mina hizo volar un buque norteamericano, lleno de gente, tranquilamente anclado en La Habana. Pocos días después los marinos norteamericanos, mientras almorzaban, hundían en Manila los buques de madera del almirante Montejó, y quedaba encerrada la otra escuadra, en Santiago, de donde no había de salir, sino para ser impunemente echada a pique». (Justo, Juan B; 1969)

El otro positivismo

El positivismo latinoamericano incluyó ámbitos de reflexión intelectual autónomos cuyos puntos de vista no eran tributarios de las estrategias desplegadas por los gobiernos oligárquicos. Un grupo interesante fue el animado por la exiliada peruana, residente en Buenos Aires, Margarita Práxedes Muñoz y la revista dirigida por ella durante el año 1898: *La Filosofía Positiva*. Esta médica peruana discípula de Augusto Comte, llegó a la Argentina huyendo de los regímenes autoritarios de su patria de origen.